

CUADERNOS DE ARTE Y POESIA

1º—EL MEJOR CONFIDENTE

(Comedia en un acto)

DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Diego Vega.

2º—EL CUICO

(Cuento)

Raúl Pérez Torres.

3º—INTRODUCCION A LA PSIQUIATRIA FORENSE

de **Agustín Cueva Tamariz**

Nota Bibliográfica de Paul Engel

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
FACULTAD DE CIENCIAS Y LETRAS
CARRERA DE HISTORIA
CICLO III
AÑO 2014



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

EL MEJOR CONFIDENTE

A ROSARIO MERA, magnífica actriz

Personajes:

| | |
|-------------|------------------------|
| La señora | ROSARIO MERA |
| El viejo | FRANCISCO TOBAR |
| La muchacha | XIMENA ALOMIA |
| Un joven | DIEGO NAVARRO |
| Dirección | FRANCISCO TOBAR GARCIA |

Estrenada por el TEATRO INDEPENDIENTE en el Aula BENJAMIN CARRION de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, el día 28 de junio de 1967.

Una banca en un parque. Sol espléndido.

Al comenzar la escena, un hombre anciano, de cara inteligente, está sentado en la banca. Pasa una señora, vuelve y toma asiento, saludando al viejo con la cabeza.

La señora: Con su permiso, caballero. (El viejo mueve amablemente la cabeza) ¿Usted está siempre en este parque? Qué belleza y quietud; de veras: quietud y calma y equilibrio; como un tranquilizante. Pero, ¿sabe señor?, los remedios ya no me sirven. . . ; Es el alma! Hay heridas que son del alma. . . una se ha sacrificado durante toda la vida. Desde luego, que esta vida no es tan larga que se diga (mira al viejo con algo de picardía, esperando un piropo. Este mueve

la cabeza con un gesto que bien puede significar tristeza como comprensión). Ya veo: usted es un hombre excepcional; me recuerda a mi padre... ¡oh, de veras! Esto parece algo como una confesión, casi... y quiero decir la verdad, toda la verdad. (El viejo la mira con atención y, como ella sacuda enérgicamente la cabeza y los hombros, el viejo hace un movimiento parecido).

Si, alguna vez hay que decirlo todo y, como acabo de huir, de dejar mi vida atrás, ya nada importa. (Pausa) Además, usted es un desconocido; tan enigmático para mí como yo lo soy para usted. Le confesaré, entonces que usted no me recuerda a mi padre, sino a mi primer amor. (Muestra en su expresión suma tristeza y también el viejo la imita) Tristeza, la tristeza... ¡los días pasados! También usted recordará su primer amor, más lejano desde luego, ¡muchísimo más lejano que el mío! (Nota que el viejo no reacciona ante las insinuaciones sobre la enorme diferencia de edad y eso la pone muy incómoda) ¡Claro que el primer amor parece siempre tan lejano! ¡En la niebla, en la rosada neblina, la lejanía de la felicidad! ¡Qué importa, si todo sucedió hace cinco o hace cuarenta años! Un poquito más de cinco, para confesar la verdad; era una niña tonta e idealista y él era un gran artista a quien admiraba; lo admiraba con toda mi alma; ¡esa alma pura, ingenua, generosa, de niña! ¡Ser su modelo! ¿Qué otro fin podían haber tenido mis formas, la belleza que Dios me ha dado, sino convertirse en la inspiración de un genio? El genio y la inmortalidad... lo terreno, lo vulgar, nada valen. Debía ser su ideal y sacrificarme... ¿pero él entendería que yo era sólo un espíritu, un ser espiritual, su musa? ¡Ser su musa, su inspiradora, vivir como el ideal! Desde luego, que nadie me reconocería. ¿Pero para servirle de modelo, debía estar completamente quieta, o moverme? ¿Serían mis movimientos bastante graciosos para él? Era un hombre mayor... y ya le dije que usted se le parece... ¡casado! Debía ser un amor ideal, puro, sin deseos. Las compañeras de colegio me lo habían dicho todo, susurraban, contaban sobre la maldad de los hombres. Y súbitamente pensé: ¿y si todo fuera verdad y el artista quisiera usar de su modelo como...? ¡no quería imaginarlo! Era tan pura, tan inocente... ¡qué tontas somos! La vida nos enseña...

Sí, ahora lo sabemos. (El viejo hace un gesto que ella lo toma por una afirmación). El hizo una explicación magnífica: me parecía todo aquello un mundo extraño y maravillo-

so... ¡un mundo nuevo! Y yo estaba desnuda dentro de ese mundo; porque me había atrevido al fin; había abordado el ideal... le había dicho ¡cuánto lo admiraba! Le pregunté si podía visitarle en su taller... "desde luego, señorita". ¡Cómo latía ese momento mi corazón!. Y después... ¿qué cree usted que ocurrió? (el viejo la mira impávido). Le pregunté tímidamente si sus modelos tenían que desnudarse completamente, y él, él... me dijo que no, que no **los** modelos; y ¿qué cree que añadió aquel ingrato, aquel infame, aquel hombre que no podía entender el sacrificio total de una niña? "Está equivocada, señorita... en el futuro —lo he resuelto ya— ¡pintaré solamente cuadros abstractos!" ¡Huí, huí aterrorizada... estaba absolutamente sola!

¿Para qué sirve la espiritualidad? Pasaron los años... desde luego, no demasiados... ya se habrá dado cuenta usted que no han pasado tantos años en mi vida, pero en la vida de un ser espiritual, el tiempo se llena de vivencias y los años se vuelven cargados de alma; se vuelven tan largos! Y después... vino aquel joven... ¡más joven todavía que yo!. Y aquella vez fue un amor ilimitado... sabe?. Era un profesor de gimnasia, un verdadero Apolo. ¡Qué lástima que hoy los artistas ya no necesiten de modelos!. Sí, ¡el era el hombre!. El gran amor; y me regaló un anillo, **su** anillo, su anillo mágico. Me conmovió. Qué bello era aquel hombre, muy bello, no solamente buen mozo; y me había regalado su anillo. Bueno, él había hecho un viaje a Oriente y en el mercado de Túnez había comprado aquel anillo mágico a un árabe. El anillo tenía una inscripción, ¡en árabe, desde luego!. La inscripción decía que el deseo más intenso del poseedor se cumpliría pero sólo una vez. Y él me había regalado su anillo, que lo conservara sin usar. Pero era yo quien cumplía todos sus deseos, yo quien hacía su dicha perfecta.

Pero tenía que llegar aquel desgraciado: ¡un médico!. Sería usted un médico, ¿sería capaz de serlo?. Un analista... si, usted analiza mi alma; usted es un... (el viejo la mira atentamente y ella asiente una vez más). Si, nunca he encontrado a un ser humano como usted. Usted es mi amigo, él único, el primero que me comprende... Pero aquel médico cínico me preguntó un buen día que qué clase de raro anillo era el que yo llevaba. Se lo mostré contándole la historia. Y ¿sabe qué hizo?. Mirarlo del lado opuesto, porque ahí había otra inscripción; si, en la superficie de oro... ¿sabe qué decía? (sufriendo otra vez el ridículo) "Tunesie, cin-

que centimes" en francés... una pieza de cinco céntimas, una pieza de cobre, dorada y puesta en aquel anillo... dorada superficialmente (casi llorando).

Así es la vida: un anillo mágico, de oro, que al inspeccionarle más detalladamente resulta una monedita de cobre, dorada solamente por fuera!. ¡Qué decepción!. Una persona como yo es incapaz de soportar la decepción, de cargar con el desengaño. Lo abandoné; quiero decir: que abandoné al joven idiota, no al médico... (mira intensamente al viejo, que permanece silencioso, tratando de interpretar algún gesto de él). ¿Tenía entonces que quedarme con el médico, con aquel cínico?. Habría tenido que quedarme, pero no me quedé!... Ah, desde luego, usted no puede entender mi relato... el médico, aquel médico con todo su cinismo, era mi jefe. Yo era su secretaria, su ayuda en el consultorio; no, nunca he sido más que su ayuda... Ya se lo dije: ese joven atleta; pues lo había mandado al diablo... ¡pero no podía quedarme con el cínico! Cada vez que lo veía, parecía reírse, burlarse de mí.

Por eso me senté en un bus y huí de la ciudad y aquí me tiene.

Y ahora, ¿qué debo hacer?. Suicidarme... no me queda otro camino. Sola, absolutamente sola, abandonada, expulsada... Me he encontrado con usted; por primera vez, si, por primera vez en mi vida, un hombre me escucha, alguien entiende la profundidad de mi ser; ¡qué alivio, qué maravilla! Vuelvo a creer en Dios, vuelvo a creer en los hombres. Y esto gracias a un hombre anciano... no, no, un anciano no, pero sí un hombre que ha pasado la juventud, un sabio, alguien que sabe de la vida.

Usted me ha salvado (se emociona cada vez más, casi no puede retener su emoción). Usted me comprende. Qué maravilla es la comprensión. Gracias, infinitas gracias, señor. Volveré hacia la vida, ¡volveré!. Si, entiendo su consejo: usted no quiere imponérmelo, pero lo leo en su cara y usted me aconseja volver al consultorio, al deber, a la tortura cotidiana y a mi lugar. Si, estoy inmunizada contra aquel cínico. ¡Ya no me hiere su risa!. He encontrado comprensión. Gracias, señor... desde ahora será usted mi amigo, mi benefactor, el único hombre en mi vida que me ha escuchado, que me ha oído comprendiéndolo todo. Le debo la vida; gracias... me voy para alcanzar el bus de mi ciudad. (En su júbilo, sonríe, aunque parecería que fuese a llorar). Sale a las dos y media.

Y, adiós... señor. (Como ella se levanta y hace una especie de salutación, también el viejo se levanta para decir).

El viejo: Adiós. (Le da la mano).

Señora: Adiós. Si, me recomienda a Dios. ¡Qué hombre tan sabio! ¡Me ha escuchado, me ha oído!. Es como si Dios mismo lo hubiese hecho. Oh si, lo entiendo; usted me recomendó a Dios... Entiendo. (Sale con pasos rápidos y elásticos hacia el día).

El viejo queda solo un momento. Dos personas jóvenes aparecen; se besan a espaldas del viejo.

Un joven: Te adoro, pero es tiempo. Tengo que irme, que regresar al colegio.

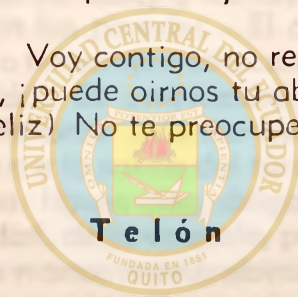
Ella: También para mí es hora de regresar al colegio, pero qué importan todos esos bobos! Te quiero, te quiero (cada vez en voz más alta).

Un joven: Cuidado (por el viejo) nos oye... tu abuelo puede oírnos...

Ella: Te adoro. Voy contigo, no regresaré al colegio.

El joven: Calla, ¡puede oírnos tu abuelo!.

Ella: (riendo feliz) No te preocupes; ¡el abuelo es más sordo que una tapia.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL